

perspectivas bíblicas sobre pecado y conversión

INTRODUCCION

La noción de pecado y conversión son correlativas y a su vez condicionadas por la idea que se tenga de Dios y del hombre. Por ello lo que determina la originalidad del mensaje bíblico no es la terminología peculiar, sino el contexto de la Revelación en que se encuentra. Así la teología y antropología bíblica están en la base del desarrollo que presentamos.

1.—Dios: Una fórmula que podría definir el largo caminar de la Revelación bíblica es: "Del Dios celoso al Dios amor". Las motivaciones de los dos primeros mandamientos del Decálogo insisten en la idea de Dios "celoso" (Ex. 20,5; 34,14; Dt 5,9). El celo de Dios es un preludio de su amor y este amor aparece ya desde un primer comienzo como misericordia. Es la gran definición de Dios de Ex 34,6 "Señor, Señor, clemente y misericordioso, que castiga hasta la *tercera* y *cuarta* generación de los que le odian y perdona hasta *mil* generaciones". El desequilibrio que ad-

vertimos entre *tercera* y *cuarta* generación (para el castigo) y *mil* generaciones (para el perdón) es una fórmula semítica maravillosa para exponernos la idea de un Dios más inclinado al perdón que al rigor.

Otra idea fundamental que define al Dios bíblico es la de "Salvador" (Ex 15,1ss): El Dios único que elige a Israel y que se ha mostrado su liberador. Esta liberación termina en la Alianza por la que Dios hace al pueblo "propiedad suya y reino de sacerdotes y nación santa" (Ex 19, 5-6).

En el A. T. la idea de Dios adquirirá nuevos desarrollos y profundización en toda la etapa profética: Las ideas de Justo (Am 1, 3. 6. 9. 11. 13; 2, 1).

Esposo (Os 1-3; Ez 16), Padre y santo (Is 1; 6), Pastor (Ez 34), Consolador (Is 40-55), Dios escondido (Is 45). El misterio de su Providencia envuelve y desborda al hombre (todo el libro de Job), pero paulatinamente las luces de redención se proyectan sobre el enigma del dolor (Is 53).

La esperanza mesiánica (Is 11, 1ss) y los oráculos de salvación (Is 60-62) alimentan la fe en una intervención de Dios cuyas dimensiones se comprenderán solamente con la venida del Hijo y la efusión del Espíritu Santo.

El N.T. es la Revelación definitiva de Dios, la culminación de la fórmula "del Dios celoso al Dios amor". El anuncio de la misericordia de Dios (Lc 15), la inaudita constatación del amor del Padre en el envío del Hijo (Jn 3,16), la manifestación hasta el extremo del amor de Jesús (Jn 13,1) y la donación del Espíritu de Dios (1 Jn 3, 24; 4,13) son a la vez un descorrerse el velo del misterio trinitario y una consumación de la fe en el Dios Amor (1 Jn 4,8.16).

2.—*El hombre*: La definición bíblica fundamental del hombre como imagen de Dios (Gn 1,26-27) contiene ya toda la grandeza de la vocación humana. El hombre es una criatura libre, invitada al diálogo personal con Dios, como imagen suya, llamada al dominio del mundo como rey de la creación. La narración yahvista de la creación es un auténtico drama antropológico (Gn 2-3). El hombre es formado por las mismas manos de Dios y recibe su propio aliento (Gn 2,7); la mujer, su compañera, hueso de sus huesos y carne de su carne (Gn 2.23). Dejamos por el momento entrar en el desarrollo de este drama, porque volveremos a él enseguida.

La Biblia insiste en la estructura corporativa de la humanidad, pueblos y gentes. Tan íntima es esta persuasión que a veces da la impresión de que la responsabilidad individual se esfuma.

Israel es llamado a vivir su alianza con Dios como pueblo, más aún, la misma elección y la promesa consiguiente tienen como meta

convertirlo en pueblo, en asamblea de pueblos (Gn 17,4-5).

Esta noción de pueblo ('am), que entraña una relación de familia, jugará un papel fundamental a la hora de las exigencias de la alianza. El pueblo unido con Dios será de una parte santo (Dt 7,6; 14,2) y de otra parte un pueblo fraternal, una sociedad de hermanos (Dt repite hasta la saciedad el término "hermano").

En el N.T. acabarán de romperse las barreras nacionalistas que han podido refugiarse en la concepción de "hermano" en Israel. Dios no es aceptador de personas sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato (Act 10,33); por ello el evangelio se dirige a todas las gentes (Mt 28,19).

I.—PECADO Y CONVERSION:

BAJO EL YUGO DEL PECADO

Los capítulos 3 al 11 del Génesis contienen por lo menos cuatro narraciones prototípicas sobre la invasión del pecado en el mundo. La primera (Gn 3), el pecado del primer hombre, se representa en el drama del Paraíso: desobediencia, ruptura de la amistad con Dios, alejamiento de su presencia, constatación de su mortalidad.

La segunda narración es la invasión de la envidia, del odio fraterno que llega hasta el fratricidio (Gn 4): la sangre de un justo, de un hermano, comienza a correr sobre la tierra y a levantar su clamor.

El pórtico del Diluvio pone ante los ojos la corrupción de los caminos de la carne, corrupción con la que no puede convivir el Espíritu de Dios (Gn 6).

Finalmente la descripción de la Torre de Babel (Gn 11) contiene el

primer intento de imperialismo, de dominio colectivo.

EN RUTA HACIA DIOS

Sobre estas sombras, en medio de las cuales no han faltado anuncios de luz (protoevangelio: Gn 3, 15; Abel: Gn 4; Henok: Gn 5,22-24; Noé: Gn 6,9) resonará la llamada divina a Abraham invitándole a un *camino* (Gn 12,1ss.), el camino de la confianza en Dios, de la amistad, de la perfección, del sacrificio total, de la fe. Por ello será el Padre de los creyentes. La conversión aparece así como un camino hacia Dios, como un retorno, como un éxodo, como un salto hacia lo imprevisible de Dios, un vivir en la fuerza de una Palabra hecha promesa.

LIBRES PARA SERVIR

El libro del Exodo en sus dos grandes partes: Liberación de Egipto (Ex 1-15) y la Alianza (Ex 16-40), es una vigorosa intervención de Dios y una llamada hacia la libertad. Dios libera a su pueblo para un encuentro. Ya en el Sinaí la voz de Dios se hace invitación y norma. El *Decálogo* (Ex 20) es a la vez una proclamación de los derechos de Dios y de los derechos del hombre. Su intento es restaurar la auténtica imagen de Dios (único, exclusivo) y del hombre libre sin ídolos que esclavizan y degradan.

La restauración de esta imagen lleva consigo una tarea: comunión, culto, respecto, santificación del nombre divino. Y simultáneamente convivencia justa y fraternal. El Decálogo en su segunda tabla protege el derecho de los padres, de la vida, de la sociedad conyugal, de los bienes, de la verdad.

La conversión a la alianza es, pues, la muerte del pecado, de los

dioses despóticos, de los asaltos del instinto, de la voluntad de opresión, en una palabra: de todas aquellas fuerzas que hemos visto invadir el corazón del hombre en Gn 3-11.

Dios libera, pero impone un servicio, un servicio en el que está encerrada su dignidad y la del hombre: Adoración y comunión con Dios; relaciones fraternales entre los hombres.

LA VOZ DE LOS PROFETAS: DENUNCIA E INVITACION AL RETORNO

La historia de Israel, mezcla trágica de movimientos de disgregación y de conversión, ha encontrado en los profetas un eco y un impulso renovador constante. Tres grandes pecados contra la alianza recurren incesantemente en la requisitoria profética: idolatría (contra la exigencia de un único Dios), injusticia social (contra la cualidad de "hermanos" del pueblo de Dios), degradación moral sexual (contra la prescripción de "pueblo santo"). En los profetas el pecado contra el hombre es pecado contra Dios; la degradación de la imagen de Dios en el hombre atenta contra Aquel a quien la imagen representa.

No puede extrañarnos que *el pecado* aparezca por ello como infidelidad o adulterio, y *la conversión* como invitación a volver al primer amor (Oseas); que *el pecado* sea considerado como ingratitud y mancha, y *la conversión* como exigencia de sentimientos filiales y de purificación del corazón (Is 1 y 6); que *el pecado* sea considerado como un abandonar a Yahvéh, y *la invitación* se convierta en llamada a "volverse" a El de corazón (Jeremías y Deuteronomio).

COMUNIDAD PENITENCIAL

El sentimiento por el pecado y la llamada a la conversión ha tenido un lugar propio en la Biblia especialmente en el Salterio y las confesiones penitenciales de los últimos libros de la Biblia. Una de las súplicas más frecuentes es la del pecador que reconoce su situación y pide a Dios humildemente perdone sus pecados, no se acuerde de sus maldades, purifique su corazón (Ps 51). También el pecado colectivo ha encontrado un modo de expresión en la llamada "Lamentación Nacional"; el Ps. 106 recuerda toda la historia de pecado de Israel, una historia que solamente puede contrapesarse con el Ps. 136: "Porque es eterna su misericordia" (su amor). Así el A. T. desemboca en el Nuevo Testamento.

II.—PECADO Y CONVERSION EN EL N. T.

Para el N.T. había profetizado una plena remisión de los pecados mediante la efusión del Espíritu de Dios y con el cambio de corazones (Ez 36; Jr 31).

Por ello, tras la bajada del Espíritu sobre Jesús (inauguración mesiánica); la proclamación evangélica se condensa en una sola expresión: "Está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed al Evangelio" (Mc 1,15).

EL AÑO DE LA GRACIA DEL SEÑOR

El Evangelio se presenta como un anuncio, una liberación a los pobres, un año de gracia a los pecadores (Lc 4,18). Las parábolas de Jesús (Lc 15) ponen ante los ojos del auditorio la incomprensible misericordia del Padre, la desgracia del hijo que se aleja y el gozo del retorno. Toda la teología del pecado y de la conversión se contiene

en estas escenas que solo Jesús fue capaz de dibujar.

El mismo evangelio del encuentro del pecador con el Dios cercano, Padre, hecho ternura en Jesucristo se encuentra en las parábolas de los deudores (Lc 7 y Mt 18), que no tienen con qué pagar y cuya deuda es saldada totalmente por un amor que se presenta como definitivo. Y esta enseñanza se traduce en hechos de perdón: Los pecadores acuden a Jesús. La mujer del cap. 7 de Lucas, Zaqueo (cap. 19), la adúltera (Jn 8,1-11), el buen ladrón, Pedro. Es un desfile de pecadores ante la misericordia que se ha hecho carne en Jesucristo. El ha venido a llamar a los pecadores a penitencia. El es la Revelación del amor misericordioso.

LA REVELACION DEL PECADO

Si el mensaje de Cristo es un mensaje de misericordia, constituye a la vez una revelación de la maldad y de la fuerza opresora del pecado. En una serie de rasgos característicos describe el poderío de Beelzebul como el de un fuerte armado que custodia su palacio (Lc 11,14-22); por ello la neutralidad es imposible; una casa no puede estar desocupada porque su posesión es objeto codiciado de Dios o del Espíritu inmundo (Lc 11,24-26).

Cristo además de ratificar y apuntar a lo interior de todos los mandamientos del Decálogo (Mt 5, 20-48) ha denunciado el poder esclavizante de las riquezas (Mt 6, 24); ha prevenido contra el pecado de las tinieblas, del endurecimiento, de la ceguera voluntaria, del odio a la luz, llamándolo pecado contra el Espíritu Santo (Mt 12,31-32).

Cristo ha subrayado con insistencia la importancia demoledora y la gravedad ante el Dios misericordioso, del pecado del odio y del negar-

se a perdonar, del escándalo (Mt 18), de la desatención al prójimo, del no aceptar las exigencias de la fraternidad (Mt 25).

Finalmente en las parábolas en que anuncia la inminencia del Juicio, Jesús ha insistido en la necesidad de aprovechar el tiempo de la salvación antes que sea demasiado tarde (Mt 25,12).

CORDERO DE DIOS QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO

Jesucristo no es solo el proclamador del perdón del Padre, es El mismo la expiación del pecado. Toda su vida pero especialmente su muerte redentora, sacrificio de obediencia amorosa, y su resurrección, constituyen el gran acto salvador.

El es propiciación de los pecados (1 Jn 2,2).

En El tenemos la redención, el perdón de los pecados (Col 1,14).

El es el gran signo de salvación, para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga vida eterna (Jn 3,14).

Todo el que cree en El y se bautiza en su Nombre recibe el perdón de los pecados (Cfr. Act 2,38).

Jesucristo es pues la gran invitación a la compunción del corazón y a la conversión. Predicar a Jesucristo, muerto por nuestros pecados y resucitado por nuestra salvación es el núcleo del kerygma cristiano, el corazón del Evangelio de la Iglesia.

Por ello Pablo, después de trazar el negro cuadro de la humanidad sin Cristo, un cuadro de impureza, injusticia, de falta de amor en los paganos y de impotencia ante las exigencias de la Ley en los gentiles (Rom 1-3), proclama la gran oferta de la gracia de Dios, el Evangelio de la justificación por la fe en la acción redentora de Dios por la sangre de Cristo, a quien ha puesto como sacrificio de propiciación (3,21-25).

FE, BAUTISMO E INCORPORACION A LA IGLESIA

La conversión tal y como se nos narra en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles comienza con una proclamación del hecho salvador realizado en Jesucristo, muerto por los pecados, resucitado por Dios y constituido en Juez de vivos y muertos; a los que *creen* se les exhorta a arrepentirse de sus pecados y a aceptar la salvación de Dios mediante el bautismo en la fuerza salvadora de Jesús. Con ello reciben el Espíritu Santo.

Los bautizados, creyentes, santificados por el Espíritu forman una multitud que se llama Iglesia. En los mismos capítulos se nos indica (Act 2,42ss; 4,32-35), que la conversión cristiana se traduce en una *comunión*: un solo corazón, una sola alma, participación en el mismo pan, comunión de bienes. Es una vida nueva, una vida cristiana abierta a los hermanos: una sociedad de hermanos. En efecto, es este el nombre que adoptan los miembros de la nueva comunidad, del nuevo pueblo de Dios.

EL CRISTIANO Y EL PECADO

En los tres ciclos de su primera Carta, verdadera síntesis del cristianismo, aborda el apóstol S. Juan la postura del cristiano y el pecado.

Por su misma condición el cristiano debe vivir en la luz, en la comunión con Dios (1,5) pero esta comunión lleva consigo el reconocer-se pecador confiando a la vez en la misericordia de Cristo (1,8-2). Toda la doctrina del Evangelio y la teología paulina se sintetiza a la vez en la exhortación: "Os escribo para que no pequéis, pero si alguno peca, tenemos un Abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo. El es la propiciación por nuestros

pecados, y no solo por nuestros pecados, sino por los del mundo entero" (2,2).

Para S. Juan el pecado, a la luz de Cristo y del don de la filiación divina, se manifiesta especialmente grave en un doble aspecto: infidelidad (por no haber creído en el nombre de su Hijo Jesucristo); "no amar al hermano" (puesto que es imposible amar a Dios Padre sin amar a los hermanos). Dos lugares sumarios de la Carta concentran el mandamiento: 1 Jn 3,23-24; 4,21.

CONCLUSION

Toda la doctrina bíblica sobre pecado y conversión progresa paralela a la Revelación de Dios como amor y exigencia de amor. Por ello lleva consigo la ruptura con la idolatría en sus diferentes formas, con el egoísmo, el odio, el aislamiento, las relaciones poco fraternales. Así la liberación del pecado encierra una dinámica hacia la comunión con Dios y con los hermanos.

Convertirse es "volverse" en un solo movimiento a Dios y a los hermanos.